

DISCURSO

PRONUNCIADO

EN LA PLAZA PRINCIPAL

DE LA H. VERACRUZ

EL 16 DE SETIEMBRE DE 1850

POR EL CIUDADANO

JOSE IGNACIO ESTEVA

VERACRUZ 1850

COLECCION  
DE DISCURSOS PATRIOTICOS DE  
JORGE DENEGRÉ VAUGHT PEÑA

DISCURSO  
PRONUNCIADO  
EN LA H. CIUDAD DE VERACRUZ  
POR EL CIUDADANO  
*José Ignacio Esteva*  
EN EL ANIVERSARIO  
DE LA INDEPENDENCIA.



VERACRUZ.  
IMPRESA DEL COMERCIO.  
1850.

**DISCURSO**

PRONUNCIADO

EN LA PLAZA PRINCIPAL DE LA H. VERACRUZ,

**EL 16 DE SEPTIEMBRE DE 1850,**

ANIVERSARIO

**DE LA INDEPENDENCIA NACIONAL,**

POR EL CIUDADANO

**Jose Ignacio Esteva,**

COMISIONADO AL EFECTO

**POR LA JUNTA PATRIOTICA.****VERACRUZ.****IMPRENTA DEL COMERCIO.****1850.**



Señores.

**M**E siento profundamente conmovido al volver á hablaros desde esta tribuna despues de doce años; porque rodeado de los mismos objetos, estando en el mismo sitio, entre mis antiguos amigos, mis compatriotas, mis conciudadanos, y recorriendo con mi vista los edificios y las calles de la Ciudad heróica, como lo hice entónces, paréceme que he vuelto á los primeros años de mi juventud, y que al saludar á mi patria en este hermoso dia, la encuentro tan íntegra como lo estaba al nacer, como nos la dejaron en herencia nuestros abuelos; paréceme que todavía puedo dar el nombre de compatriotas míos, á los que habitan las orillas del Bravo, del Gila y del Sabina; paréceme que puedo aun decirles que son no solo mis conciudadanos, sino tambien mis correligionarios, mis hermanos en la Fé, mis hermanos en Jesucristo; paréceme en fin, que el infortunio no ha derramado aun su amargura sobre nuestra vida, que todo permanece lo mismo, los hombres y las cosas. Y sin embargo ¡cuantos acontecimientos, cuantos trastornos, cuantas catástrofes se han sucedido! Revoluciones, guerras, cambios de gobiernos, y por resultado final la desmembracion de nuestro país, que una

parte de nuestros fértiles y ricos terrenos haya pasado al dominio de una nacion extraña, que otras leyes y otras costumbres reemplazen à las nuestras, que otra raza arroje de su suelo á la nuestra, y que el oficio protestante se celebre en los mismos altares en que nuestros sacerdotes consumaban los santos sacrificios del católicismo.

Por fortuna la tristeza que producen tales recuerdos, no permanece agarrada al corazon en un dia como el de hoy; solo es una lágrima fugitiva que cae de nuestros ojos durante la efusion de nuestro regocijo. La memoria, esta potencia que juega con el corazon, y que lo alienta ó lo destroza segun quiere, se remonta hoy á épocas, que aunque lejanas, están siempre frescas y palpitantes para nosotros; nos pone á la vista sucesos de otro género, acontecimientos de otra naturaleza, que nos hacen sentir puro el aire que respiramos, hermoso el sol que vemos; hechos que nos enorgullecen, porque son de los mas grandes que consuman los pueblos, y que por sí solos bastan para que no se pierda el sentimiento de la propia dignidad, aun en medio del abatimiento mas estremo.

El mas grande de esos hechos es el de la Independencia, el que nos ha reunido hoy en este sitio, el que nos impulsa à deponer las rencillas, los enojos, los ódios, para no dar cabida en nuestros pechos mas que al sentimiento de la fraternidad, para presentarnos en las aras de la patria como hijos dignos de ella, abrigando solo pensamientos sublimes; como nos presentamos ante el altar de Dios, limpios de corazon, abrigando solo sentimientos religiosos é ideas santas.

En este dia no venimos únicamente à celebrar el arrojé de Hidalgo y de Allende, no nos reunimos solo para aplaudir el primer levantamiento del pueblo contra sus opresores, queremos otra cosa de mas bulto, de mas efecto, mas grandiosa, queremos contemplar en su conjunto la obra del pueblo, la obra de la Nacion, la Independencia.

Ella fué prolongada y azarosa, grandes virtudes tuvo que admirar el mundo, como tuvo tambien grandes crímenes que lamentar en los once años que duró, porque en los levantamientos, en las revoluciones de los pueblos sumerjidos por siglos enteros en la opresion y la ignorancia, siempre quedarán rastros de sangre y señales de esterminio, mezcladas con las acciones heróicas y con la justicia de la causa: la responsabilidad de los actos reprobados de los

pueblos, no es solo suya, si no que es tambien, y en su mayor parte, del poder que no supo educarlos é instruirlos, elevando su espíritu hasta el conocimiento perfecto de lo bueno y de lo malo.

En la lucha de nuestra Independencia, los dos partidos que lidiaron, el Español y el Megicano, hicieron cosas dignas de censura ó elogio; cada uno tiene el derecho de ensalzar las acciones de los suyos, y sobre todo el que logró el triunfo; porque el triunfo da un derecho legítimo, un derecho santo, para enaltecer á los héroes que lo alcanzan, cuando el género humano ha juzgado de la causa que defendieron, y la ha encontrado buena.

Al recordar nuestra victoria, la victoria de nuestro partido, no queremos recordar las faltas ó los crímenes de los contrarios; porque somos generosos, y porque no tendríamos bastante imparcialidad para juzgar; ni necesitamos descubrirlos para que contrasten con nuestras virtudes; nuestras virtudes son bastante hermosas para lucir por sí solas, con su propio esplendor. Podríamos sí tratar de disculpar las faltas de nuestros abuelos, con las faltas de sus enemigos, porque ni negamos que aquellos las tuvieron, y graves, ni desconocemos que fueron en su mayor parte provocadas por las de estos; pero ni es propio de este día recordar cosas amargas, ni queremos revivir ofensas que nuestro corazon cristiano ha sabido perdonar.

El orador del pueblo no viene aquí á excitar pasiones, ni á recrudecer ódios, ni entre nosotros mismos, ni de nosotros para con el pueblo que fué nuestro enemigo; pasaron con la lucha las ideas de venganza del oprimido para con el opresor, y el velo de la amistad ha debido cubrir para siempre las causas del antiguo encono.

Los hombres pasan, sus acciones, sus faltas ó sus virtudes, se pierden en la magnitud de los grandes sucesos, ó al menos ocupan un lugar secundario: los acontecimientos quedan, ahí, en la historia, en la vida de la humanidad, para ser bendecidos ó maldecidos. Los que cambian la existencia de los pueblos, son una consecuencia de otros anteriores, aunque á veces de menor importancia; porque hay en la historia de la humanidad un enlace, un encadenamiento tan continuo, que los hombres superiores, los hombres de génio, estudiando lo pasado, adivinan el porvenir: esta es la mision de la filosofia.

Cada grave acaecimiento, influye mas ó menos directamente en la marcha de la civilizacion: si ha contribuido á estenderla, á adelantarla, habrá hecho un bien á la humanidad: si ha paralizado su marcha, si ha impedido su desarrollo, si la ha hecho caminar para atras, habrá hecho un mal á la humanidad: este bien ó este mal, son los mas trascendentales, y por lo mismo los mas grandes que pueden hacerse á todo el género humano. Por esto es que cada acaecimiento, da à los filósofos el derecho de examinarlo, de interrogarlo, de reconvenirlo, de juzgarlo, y segun lo que resulte de ese exámen y de ese juicio, así la humanidad puede bendecir ó maldecir el acaecimiento. Así es como despues de hecho este exámen, maldecimos la irrupcion de los bárbaros sobre la Europa en el siglo V, porque paralizó el desarrollo de la civilizacion; y bendecimos la creccion del Imperio de Occidente en el siglo VIII, porque contribuyó à restaurar la civilizacion. Los hombres que jugaron en esos acaecimientos, participan de la misma manera de la abominacion ó del amor de la humanidad: maldecimos á Atila, porque fué actor en el acaecimiento que comprimió la civilizacion; y bendecimos á Cárlo-magno, en gracia de los esfuerzos que hizo por restaurar la civilizacion.

En nuestra pàtria, señores, ha habido dos grandes acaecimientos que han cambiado su faz; la conquista en el siglo XVI, y la independenciam en el siglo XIX: estos dos sucesos, cuyo recuerdo no podemos dejar de hacer conjuntamente en este dia, son dos hechos opuestos, contradictorios, enemigos, por decirlo así, y sin embargo, ¡cosa singular! àmbos han caminado por la misma via, por la via de la civilizacion; àmbos han contribuido al mismo objeto, al desarrollo de la civilizacion; son pues hermanos en una misma causa, en la causa de la humanidad: la humanidad bendice pues esos dos acaecimientos; y yo, que bendigo desde este lugar la independenciam, necesito ser justo, y lo soy en el corazon; bendigo tambien la conquista: la España consumió la conquista, México consumió la independenciam: àmbas han contribuido al desarrollo de la civilizacion, y àmbas son hermanas en la gran causa de la humanidad. La conquista, la independenciam, son los dos sucesos que han dado vida y ser á esta nacion; y los hombres que han sido actores en esos dos grandes dramas nacionales, han hecho bien á la humanidad. Cortés y sus capitanes,

Hidalgo é Iturbide con los suyos, han caminado al mismo objeto, son dignos de nuestra bendicion.

No os admire esto, señores; ¡qué! ¿os sorprende encontrar juntos, y ensalzados juntos, à hombres que defendieron causas al parecer opuestas? ¡ah! pensad que la historia debe verse y leerse con los ojos de la filosofia, y que la filosofia propende à unir las diversas causas en una sola, en la causa de la civilizacion: esta es su mision, este es su destino.

El génio y la constancia de Cortés, el valor heróico de Olid, de Ordaz, de Sandoval, de Alvarado, y demas capitanes, ganó estos territorios y estos pueblos para la causa de la civilizacion: y la abnegacion de Hidalgo, el génio de Morelos, la prevision de Iturbide, y el valor de sus capitanes, los emancipó y les dió lugar entre las naciones cultas, afiliando este pueblo en el apostolado de la civilizacion.

Sin duda que los conquistadores, mancharon el brillo de sus hazañas con cruentas acciones dignas de la reprobacion de la humanidad; pero el conjunto de su obra fué útil y bueno, siquiera no sea mas que por la estirpacion del antropofagismo, por la abolicion de los sacrificios humanos, y por la propagacion del cristianismo.

Me guardaré muy bien, señores, de arrojar la abominacion sobre la memoria de los hombres que consumaron la conquista, y sobre la nacion á que pertenecian; porque esto seria arrojarla sobre mí mismo, y sobre vosotros, porque al fin entre nosotros están los descendientes de aquellos hombres, y à esa nacion pertenecian nuestros padres; todos somos los hijos ó los nietos de los conquistadores, y nuestra pátria es así mismo la hija de aquella nacion. Para glorificar la independenciam, no necesitamos apelar á tales medios; ella es el fruto de los progresos de la inteligencia, y de la elevacion del espíritu humano; y bien podemos reprobamos las antiguas ideas, sin condenar á los hombres que las profesaron.

El sistema adoptado para la administracion y gobierno de la colonia, fué sin duda mezquino y opresor, no solo para el pueblo conquistado, sino tambien para los descendientes del pueblo conquistador; era incapaz de elevar la inteligencia ni las ideas de los habitantes de estos territorios; de ennoblecer el espíritu; de poner al hombre á la altura de su destino; de desarrollar al individuo y mucho



menos á la sociedad. Testigo es de ello el estado de abyeccion en que encontramos la raza indígena á los trescientos años del establecimiento de los españoles, y el estado de ignorancia en que vimos al comun del pueblo.

Pero semejante sistema de gobierno, era propio del estado en que se encontraba la nacion conquistadora, la España; la España no podia darnos lo que no tenia; ella se encontraba sometida à la influencia de ideas é instituciones relativamente semejantes à las ideas que propagó en estos paises, y à las instituciones que les dió.

Todos sabemos, señores, cual fué la marcha, cual el desarrollo, de las sociedades europeas, y cual es la historia de su civilizacion. Del seno de la barbarie que derrocó la institucion imperial de los romanos, único elemento de civilizacion en la antigua sociedad, salieron los elementos diversos de la civilizacion de la sociedad moderna: bajo la cuchilla del bárbaro, se separaron los poderes espiritual y temporal que habian estado confundidos bajo la dominacion romana en una misma dignidad; con el espíritu de independenciam individual, único bien que las costumbres bárbaras dejaron á la sociedad moderna, empezaron à formarse el poder de la iglesia, el de los monarcas, el de la nobleza, y el de las comunas; y estos diversos elementos, fueron desarrollándose del siglo V al XII, como se desarrolla un niño en la edad de la lactancia. En este siglo ya tenian forma determinada esos diversos elementos de civilizacion; todos coesistian, aunque divididos, aislados, sin comunicacion, sin coherencia. Del siglo XII al XVI, esos diversos elementos de organizacion trabajaron, se agitaron, ya para apoderarse por si solos de la sociedad, ya para combinarse los unos con los otros. En este periodo vago, indeciso, trabajoso para la humanidad, todo lo emprendieron los principios componentes de la civilizacion para consumir la obra de organizacion de la sociedad; pero nada lograron, nada alcanzaron, todo se les frustró.

El feudalismo fué impotente como medio de organizacion social; pudo cuando mas desarrollar al individuo, pero no la sociedad; porque donde no hay centralizacion, no hay fuerza; y donde no hay fuerza, no hay organizacion.

Esa centralizacion tambien la intentó la iglesia, el elemento teocrático: en Grerio VII tuvo su mas fuerte y audaz adalid, pretendió el predominio, la omnipotencia universal; pero no lo logró: la iglesia llevaba en su seno fuerzas morales é

intelectuales que habian de resistir sus intentos: sus miembros, los obispos, los clérigos, eran á la sazón bastante instruidos para tener voluntad de someterse á un poder absoluto: los concilios por una parte, y el bajo clero por la otra, pusieron un dique á los avances de la tiara.

Las comunidades intentaron en algunos países la exclusiva en la organizacion social; pero no lo lograron sino por momentos: el espíritu de los plebeyos no estaba aun bastante ilustrado, y carecieron de la influencia suficiente para sobreponerse á los otros elementos sociales.

Los tronos hicieron tambien sus esfuerzos, y combatieron con los otros elementos, ya por sí solos, ya aliándose alternativamente con uno de los otros: unas veces con los pontífices, otras con los nobles, otras con las comunas; pero no fueron aun bastante fuertes para predominar.

Durante este periodo de siglos, las fuerzas sociales fueron agrupándose y mezclándose, hasta quedar divididas en dos órdenes: el espiritual, y el temporal; los mismos que habian estado confundidos en el imperio romano, y que fueron separados á consecuencia de la invasion de los bárbaros.

En el orden espiritual, donde la instruccion tenia mas arraigo, era mas madura, el poder fué minado, socavado, por individuos de la misma iglesia; el espíritu teológico que desde Abelardo y Roscelin habia intentado someter todos los dogmas de la fé al exámen de la razon individual, habia germinado entre los filósofos de la misma iglesia, entre sus sacerdotes, y los mas atrevidos y de imaginacion mas ardiente, no querian ya soportar por mas tiempo el predominio de la autoridad: se arrojaron á disputarle su poder, y bajo el plausible pretexto de emancipar la razon humana, proclamaron el derecho del libre exámen, del exámen individual: el poder papal resistió, y la lucha fué encarnizada; pero al fin hubo transaccion, y quedó sancionada la reforma: quedó dividido el mundo, así como la iglesia, en dos grandes fracciones, en católicos y protestantes. El libre exámen logró el triunfo sobre el principio de autoridad, sobre el poder absoluto.

Yo condeno por deber y conviccion esta revolucion, que introdujo la perturbacion y el desórden en el seno de la cristiandad; pero la cito en este lugar, como un hecho histórico, como un precedente en el orden religioso, que trajo

despues en la vida civil consecuencias que tenemos necesidad de considerar.

En el órden temporal se consumaba otra revolucion, aunque diferente en su objeto. El poder del trono logró predominar absolutamente sobre la nobleza feudal, y sobre las comunas; aliada ya de uno ya de otro de estos dos elementos, alcanzó dominar à àmbos, se sobrepuso à ellos, y afianzó su autoridad.

De modo que se verificaron simultáneamente dos revoluciones, que produjeron resultados diversos; en el órden espiritual, el libre exàmen, la razon individual, triunfando de la autoridad, del poder absoluto; en el órden temporal, la autoridad del monarca, triunfando sobre la nobleza y las comunas, el poder absoluto encumbrándose sobre todos los poderes sociales: así pues, en la sociedad religiosa quedó predominando el espíritu de exàmen; en la civil el principio de autoridad.

Esto pasaba en el siglo XVI: habia dos fuerzas únicas, colocadas frente à frente; la centralizacion del poder en manos del trono, y el libre exàmen en manos del pueblo. Lo que sucedió en la sociedad religiosa, aconteceria tambien en la sociedad civil; pero no por entonces, sino mas tarde, porque la ilustracion no estaba aún tan adelantada entre los pueblos como lo estaba en el seno de la iglesia.

La reforma protestante no entró en España, donde apenas se sintieron algunos vestigios de las revoluciones que en las ótras naciones de Europa, produjeron los choques de los diversos elementos de la civilizacion moderna. La España habia sufrido sucesivamente dos invasiones, la bárbara y la agarena; la primera en el siglo V, la segunda en el VIII; esta doble catástrofe debió poner à la España en diversa condicion à las otras naciones; su situacion fué en efecto diferente. La invasion bárbara, solo tuvo por objeto la adquisicion de nuevos territorios; no llevó consigo ningun espíritu religioso; los Vándalos, los Alànos, los Suevos, al establecerse en España, como en toda Europa, no combatieron directamente el cristianismo; lo comprimieron, pero no intentaron estirparlo; lo dejaron ejercer su influjo sobre el pueblo conquistado y aun se afiliaron en él. La invasion agarena fué diferente: el espíritu de conquista iba en ella acompañado con el de proselitismo; los Sarracenos eran à la vez conquistadores y misioneros; no toleraban al cristianismo, sino que antes bien querian aca-

bar con él. Naturalmente, para oponerse à esas tendencias, à ese doble ataque, espiritual y temporal, fué menester que el poder civil de la España se uniera con el de la iglesia, que la iglesia tomase una parte activa en la contienda, unida con el trono, con los nobles y con los plebeyos; ella tenia que defender la religion, como estos tenian que defender sus hogares, sus tierras y sus bienes. Así fué que la lucha entre la cristiandad y el mahometismo, que ocupó esclusivamente á la España desde el siglo VIII al XV, reasumió, confundió todos los elementos, todas las fuerzas sociales, en un solo objeto, en una misma causa. La Europa asistió indiferente, doloroso es decirlo, al espectáculo que presentaba ese gran drama, en que se jugaba nada menos que la suerte de la civilizacion cristiana. La España á su vez, ocupada esclusivamente de su objeto, se cuidaba poco de las revoluciones que producian los choques de los diversos elementos de civilizacion en los otros países de Europa.

Al fin, la causa de la cristiandad logró un triunfo definitivo con la conquista de Granada en tiempo de Fernando el católico; y la España apareció en el mundo como una gran nacion, no solo porque brillaba con la gloria adquirida por su victoria, sino porque al mismo tiempo aumentó su territorio, y robusteció y centralizó su poder con la union de los dominios de Fernando é Isabel. La iglesia, que habia sido actora principal en la pelea de la independecia, tomó en la nacion el lugar que de derecho le correspondia; y si no dominó esclusivamente, participó á lo menos del poder por medio del influjo casi decisivo que ejercia sobre los reyes. Mientras que en el resto de Europa estaban divididos los poderes espiritual y temporal, en España estaban combinados, mezclados: si el espíritu de exámen se habia propagado en los demas países en el órden espiritual, en España dominaba esclusivamente el absolutismo eclesiástico; y aunque en el órden temporal las comunas poseian algunas libertades por de pronto en España, fueron sepultadas luego en los campos de Villalar por el poder del trono y de la nobleza, bajo el reinado de Carlos V. Así, pues, la iglesia y el trono, el elemento teocrático y el monárquico, predominaban á la sazón en España. Por ese tiempo se verificó la conquista.

La Europa cobraba nuevo vigor y lozania; concluidos los choques de los diversos elementos de civilizacion, se

ensanchó la ambicion del espíritu humano, y tomó mas noble vuelo: el siglo XV vió hacer descubrimientos importantes: la imprenta, la brújula, y un mundo nuevo encontrado por Colon, debian ser fecundos manantiales de empresas colosales y nobles ambiciones.

La España, aguerrida por sus campañas con los sarracenos, y engalanada con las costumbres caballerezcas y el espíritu aventurero que distinguieron el reinado de Isabel, se encontraba en situacion propia para emprender cosas gigantescas. Cortés, en cuyo génio venos personificada la sociedad española de su tiempo, fué arrojado por el destino à estos paises; y aprovechándose sagazmente de los instintos codiciosos y avaros de los gobernantes de las primeras colonias, se proporcionó los medios necesarios para satisfacer su ambicion noble de gloria. Consumó la conquista para alcanzar gloria y poder, y para propagar el cristianismo.

Despues de su triunfo, los guerreros fueron hechos nobles; el monarca de quien dependian estableció aquí su poder, y la iglesia tomó tambien su parte, no solo porque el monarca compartia con ella su influencia, sino porque habia ayudado á consumir la conquista, acompañándola del espíritu de proselitismo. El trono y la iglesia establecieron así su poder absoluto, aquí, lo mismo que en España: el sistema de administracion, el gobierno y la legislacion de la colonia, debian ser y fueron en efecto la consecuencia de tal estado de cosas: emanadas del poder absoluto en el órden espiritual y temporal, en la sociedad religiosa y en la civil, comprimieron y apagaron toda idea de libertad; el elemento popular no existia en los primeros tiempos de la dominacion, porque el pueblo conquistado por las armas, por la fuerza material, fué reducido à la esclavitud, y la esclavitud convertida en institucion social, apaga toda esperanza de libertad.

Del seno mismo del pueblo conquistador, se crearon sin embargo mas adelante las comunas, el mismo elemento popular de civilizacion que habia figurado en Europa.

Los habitantes de la colonia, habian de seguir la misma marcha que ha seguido siempre la sociedad; se agruparon para formar pueblos y ciudades, fué menester ocuparse de la policia, del órden, de la seguridad, de la salubridad, en los diferentes focos de poblacion. El poder del monarca se vió obligado à conceder à sus súb-

ditos el ejercicio de ciertas funciones, de darles ciertas garantías, y nació así la institucion municipal, la comuna, que ha venido á formar aquí como en todas partes una fuerza social, un elemento de civilizacion, como lo eran ya la iglesia y el monarca. En cuanto à la nobleza, aquí no pudo tener la importancia que ha tenido en Europa: allá, con pocas escepciones, nació de entre la sociedad bàrbara, conjuntamente con los reyes, con la dignidad real; aquí, emanaba de esta dignidad, todo se lo debia á ella, el rango y la riqueza: ocupó, pues, una posicion secundaria, oscura, y por eso es que la hemos visto desaparecer despues sin ruido, sin estrépito, sordamente. Lugar mas brillante que ella ocupó en la colonia la milicia, el órden militar: en un pueblo compuesto de dos razas, la una sometida à la otra, la una conquistada por la otra, y conquistada por las armas, era menester crear una dignidad militar, tener siempre un cuerpo de tropas que sirviera como garantia al trono en todo tiempo del levantamiento del pueblo sometido, de los esclavos: era necesario ennoblecer, enriquecer à la clase militar por la mano del rey, para obligarla por la gratitud, y por el instinto de conservar lo que se tiene, à servir fielmente al poder; así fué como todos los mandos supremos de la colonia, las intendencias, las capitancias generales, y los virreynatos, se revistieron con la dignidad militar. Habia por tanto en la antigua colonia cuatro elementos dominantes; la dignidad real, la eclesiástica, la militar, y las ciudades ó municipalidades. Pero sobre todos estos elementos, estaba el primero, el trono, con mando absoluto, omnipotente.

Los poderes absolutos llevan en sí mismos el gérmen de su destruccion: provisionalmente y en determinadas circunstancias, pueden contribuir à la organizacion de la sociedad y à la marcha de la civilizacion; pero si permanecen, si prlongan su duracion, no pueden subsistir: donde no hay medios de garantizar al pais contra la accion ilegítima del gobierno, ni à este contra la accion inevitable del tiempo, es indispensable la decadencia: solo las instituciones libres garantizan la circunspeccion en el gobierno y su duracion: solo las fuerzas combinadas de todos los elementos sociales, equilibrándose sin entorpecerse, pueden garantizar la estabilidad y hacer frente à la accion del tiempo. El gobierno colonial por carecer de instituciones libres, fué esencialmente estacionario, fué un go-

bierno de compresion, en el que la civilizacion no podia desarrollarse sino à medias. Sobre el principio absoluto, que tambien dominaba en España, el gobierno de estos paises se resentia de su condicion colonial, de la condicion de un gobierno de colonia. La humanidad siempre ha tenido que lamentar la opresion de las metròpolis para con sus colonias; el hecho ha sido constante, no parece sino que la ciencia administrativa no ha adelantado aun lo bastante para inventar el modo mas adecuado de gobernar las colonias sin comprimir la marcha de su civilizacion. Siempre se observa en las metròpolis una desconfianza, una suspicacia para con sus colonias, que influye necesariamente en su modo de gobernarlas. El gobierno español que no salió de la regla general, sobre ser absoluto, era aquí desconfiado y opresor.

El tiempo solo debia bastar para minarlo, careciendo de instituciones que lo sostuviesen: no podia resistir la embestida de los otros elementos de civilizacion: cuando llegó el momento de la lucha, fué constantemente perdiendo terreno hasta derrumbarse.

Este momento se retardó mucho sin embargo: el aislamiento de la colonia, su falta de comunicacion con el orbe entero, la compresion que en las conciencias y en los espíritus ejercia la inquisicion, debieron hacer muy lento el desarrollo de los elementos de civilizacion en estos paises. Hubo algunos adelantos en el órden material de las cosas; se fabricaron edificios, se levantaron templos, se crearon hospitales, se formaron ciudades, se cultivó la tierra, se explotaron las minas, se estableció un cambio de productos con la metròpoli, se disfrutó de paz, hubo algun bienestar en ciertas clases; pero todo esto, ya comprendereis, señores, que no basta al objeto de la civilizacion: eso no es mas que el fruto del trabajo lento y continuo del hombre, aquí, como en todas partes: eso mismo se ve en Rusia y en el Imperio Otomano, sin que por eso podamos decir que estas naciones han llenado las exigencias de la civilizacion, sin que podamos por eso asentar que sus sistemas de gobierno se hayan elevado à la altura de la moderna civilizacion. La humanidad quiere algo mas, quiere instruccion, quiere desarrollo intelectual, y en este punto, en el órden intelectual, se hacia muy poco ó nada por el gobierno colonial. La iglesia, á lo mas, cuidaba de instruir à los jóvenes que se dedicaban á servirla, y eso bajo

un sistema mezquino, que apenas les permitia remontarse al conocimiento de las materias, de las ciencias, que elevan y ennoblecen el espíritu humano. Hasta el reinado de Carlos III no se intentó dar algun ensanche à la instruccion, pero pobre é incompleto, no encumbrado à la altura del tiempo. No quiero por esto enconarme contra la España: ella adolecia del mismo mal que nosotros, ó por mejor decir, nos trasmitia su propio mal: no podia darnos lo que no tenia: carecia tambien de libertades públicas, de instruccion popular, y mal nos las podia dar: su inteligencia estaba comprimida tambien, por el poder absoluto y por la inquisicion, y apenas hace unos cuantos años que ha podido descartarse de estos dos obstàculos de su desarrollo. Pero he mencionado nuestro pasado mal estar, para que se vea como el deseo instintivo que tienen todos los pueblos para entrar en la via de la civilizacion, nos ha obligado á arrostrar con la fuerza que dan las tradiciones, y con las simpatias que enjendran costumbres idénticas, un mismo origen, una misma sangre, y una misma religion: todo esto no basta á impedir que se cumplan los destinos de la humanidad: la humanidad, como nosotros, acepta la administracion colonial solo como un medio pasajero, provisional, de organizacion; y bajo de este solo aspecto ha podido contribuir á la marcha de la civilizacion; pero no podemos aceptarlo como un medio permanente de progreso social.

El libre exámen, que en la época de la conquista habia triunfado en Europa en el órden espiritual, al mismo tiempo que el poder absoluto triunfaba en el temporal, debia tener su influencia sobre la sociedad civil: cundió en efecto en ella, y los individuos de que se compone la sociedad, los pueblos, empezaron à poner á discusion todos los derechos, todos los principios políticos y sociales: los filósofos deducian de esta discusion y de este exámen, que la organizacion de la sociedad no era buena, que la facultad de gobernarla no era el patrimonio de ningun hombre, familia, ni clase: que cada cual tenia derecho á tomar parte en la discusion de las leyes que afectaban los derechos de todos. Estas deducciones fueron bien acogidas por los pueblos, y desde entonces ya fué inevitable la revolucion: apareció primero en Inglaterra en el siglo XVII, despues en Francia en el XVIII, luego en España en el XIX, y en todas partes hizo bambolear al poder absoluto, y al fin lo venció.



En España la ocasion fué propicia: la causa de la libertad del pensamiento, se encontró con un trono dejenerado por la incapacidad y la corrupcion, con un monarca encadenado, con una invasion extranjera que perturbó el órden social, que espantó de pronto á la nobleza y á la iglesia, quienes aturdidas y faltas del apoyo real, no se atrevieron á contrastar la audacia, la firme voluntad del elemento popular: este se apoderó de la administracion de la sociedad, proclamó su emancipacion, su soberania, en ausencia del monarca, quien por lo pronto no tenia medio de oponerse al movimiento.

Esta revolucion no podia dejar de hacer su efecto en la colonia: la última hora del absolutismo sonó en España y en México: el espíritu de exámen iba á dar un poderoso impulso á la marcha de la civilizacion: los colonos pensaron en sus derechos, examinaron si un poder fundado sobre la base de la obediencia pasiva, sin mas límite que su voluntad, sin otro medio de ejecucion que la fuerza material, podia ser legítimo, podia elevar al hombre á la altura de su destino; si la falta absoluta de libertad de imprenta y de comunicacion con el mundo civilizado, impedia el desarrollo de la inteligencia por medio de la ilustracion: encontraron que esto no era bueno, y el deseo natural, instintivo, que todos los hombres tienen de mejorar de condicion, y de comunicar sus pensamientos, sus ideas, á otros, les despertó el deseo y la voluntad de cambiar de situacion. Esto no podia lograrse sin emanciparse del poder exótico que dominaba al país; por que pedir garantias y libertad á un poder cimentado sobre principios enteramente opuestos, sobre el absolutismo, el exclusivismo y la opresion, era exigirle el suicidio, era un contra sentido: no quedaba pues, otro recurso que el de la independenciam, apoyado en los derechos innatos de todos los hombres, y en la soberania popular.

Los primeros asomos, los primeros síntomas del curso que tomaban las ideas nuevas, salieron del bajo clero y de las municipalidades, de los plebeyos de la sociedad eclesiástica, y de los plebeyos de la sociedad civil, de los frailes, de los curas, de los municipales: así como los primeros soldados que saltaron á la liza con las armas en la mano, fueron los curas y las masas populares: no podia esperarse que el alto clero y que los funcionarios civiles y militares, que se hallaban bien avenidos con el poder,

se apresuraran á cambiar una situacion en la que tenian grande influencia. Si el poder desde los primeros momentos de peligro hubiera transijido con las nuevas exigencias y los nuevos elementos, acaso se hubiera evitado lo estrepitoso del choque que se preparaba; pero fuera de que el poder absoluto es ciego y obstinado, no tenia ni la autorizacion del monarca, ni los medios de recabarla con oportunidad, porque el arranque popular no da espera, estalla como el rayo.

La guerra fué inevitable, é Hidalgo, Allende, dieron el ejemplo de valor y abnegacion á sus compatriotas: pronto fueron secundados por Matamoros, Morelos, Abasolo, Bravo y otros muchos, que corrieron á ofrecer su vida y á sellar con su sangre la nueva regeneracion.

En los primeros años de la pelea, el bajo clero y el pueblo, el elemento popular de la colonia, era el único que luchaba contra los otros tres, contra el trono apoyado por la iglesia y por el ejército; pero con el tiempo, las ideas que nunca se detienen penetraron en el alto clero y en el ejército. Mucho tardaron, es verdad, en propagarse en el ejército; pero esto no es extraño: en la sociedad militar, el sistema disciplinario es rígido, el principio de autoridad es omnipotente, porque está fundado sobre la obediencia pasiva; el soldado que vive obedeciendo sin discutir, no tiene predispuesto su espíritu para el exàmen que produce la conviccion, por eso es que el absolutismo se ha apoyado siempre en los ejércitos, por eso es que los ejércitos han sido con pocas excepciones los apoyos mas firmes del absolutismo. Por fortuna, la verdad es como la luz, penetra por do quiera. Cuando las nuevas ideas pudieron penetrar en nuestro ejército, y estenderse en el alto clero, uno y otro empezaron á dar soldados y defensores á la causa de la Independencia. El clero concertó planes en la oscuridad de los claustros; el ejército con Iturbide el grande á su cabeza, los formuló tambien en nuestras llanuras, y se lanzó en masa á ejecutarlos en los campos de batalla. El trono se encontró aislado, y una corta, aunque brillante campaña, hecha por el ejército con el pueblo á su retaguardia, bastó para consumar en 1821 la grande obra de la Independencia.

No tengo necesidad de recordaros, señores, las hazañas de nuestros capitanes y las virtudes de que nos dieron

ejemplo durante la lucha. Abrid la historia, y en ella encontrareis sobrados motivos para enorgulleceros. El mundo tuvo grandes hechos que aplaudir, y nosotros y nuestros hijos tenemos preciosas virtudes que imitar.

El absolutismo se hundió para siempre en estos países con el gobierno colonial. El espíritu de exámen, la libertad del pensamiento, que triunfó de él en Inglaterra en el siglo XVII, en Francia en el XVIII, y que en España lo hizo primero bambolear y despues lo venció en el XIX, es el que hizo entre nosotros la revolucion de Independencia: no hay mas diferencia que en los medios y en la posicion. En esas naciones, la lucha se entabló entre elementos propios, no se trató mas que de elevar un elemento de civilizacion, el popular, hasta la altura de los otros, y de combinarlo con ellos; pero todos los elementos eran nacionales. Entre nosotros, el trono, el elemento monárquico, no era nacional, era exótico; era un poder traído de mas allá de los mares; no era posible combinarlo con los otros elementos nacionales de civilizacion; así es que la filosofia al alcanzar su triunfo, ha interpuesto el Atlántico entre el trono y nosotros.

El objeto de la independencia, no era solamente la separacion material de los dos territorios de mas allá y de mas acá del océano; esto no hubiera satisfecho las exigencias de la filosofia, el deseo de la humanidad: se quiso ademas elevar el elemento popular; y como no se encontró un elemento monárquico nacional y propio, autorizado por la tradicion, y revestido de hechos gloriosos consumados en el servicio de esta sociedad, fué imposible la combinacion, se hizo indispensable la república.

Iturbide, por complacencia à grandes intereses y á poderosas influencias, y mas que todo por lograr prontamente su principal objeto, la independencia, trató, es verdad, de combinar el elemento monárquico con los otros elementos que se levantaban á su altura, y suscribió la convencion de Córdoba; pero la mejor prueba que tenemos de la imposibilidad de realizar semejante combinacion, es de que esa convencion no fué sancionada ni admitida por el poder absoluto. Si lo pactado en esa convencion se hubiera realizado, la revolucion se hubiera quedado á la mitad de su camino; porque el poder absoluto habria intentado sobreponerse de nuevo à los otros elementos de civilizacion, y

acaso lo hubiera logrado como sucedió en España: la guerra hubiera entonces continuado, y al fin se hubiera venido á parar en el mismo resultado, en la expulsion de la monarquía. Los que invocan la convencion de Córdoba considerándola como el principio lejítimo de la nacionalidad mejicana, y como el signo del órden y de la estabilidad en el país, no comprenden á mi modo de ver, señores, sino á medias, cuales fueron las tendencias y cual el objeto de la revolucion de independendia. Esa convencion, no fué mas que un medio, bueno, oportuno acaso, pero nada mas que un medio, no un fin: mas aun cuando así no fuera, no habiéndose cumplido inmediatamente por la aquiescencia de las partes, la mano del tiempo la ha hecho caducar. Otras ideas, otras exigencias, han venido à reemplazar á las de entonces, y el elemento monàrquico no ha dejado ya entre nosotros, mas que rastros vagos é indefinidos de su poder.

La independendia fué un acaecimiento de la mas grande importancia, porque desde que se consumó no ha dejado de ocupar la atencion de los filósofos: todos presintieron que aparecia una de aquellas influencias que cambian la condicion de los pueblos, y que es digna del estudio para conocer el curso general de los hechos. Ella tuvo el carácter de generalidad: todas las Américas españolas la consumaban simultáneamente: ha sido el primer acaecimiento hispano-americano. Antes de ella, puede decirse que no habia América; jamas se habia visto á la América moverse por un mismo sentimiento, obrar en una misma causa; la independendia fué para el mundo la revelacion de la América católica. Así como la independendia fué un acaecimiento americano, lo fué tambien nacional: en cada país de la América, todas las clases de la sociedad se movian por un mismo sentimiento; obedecian la misma idea, se abandonaban al mismo transporte; eclesiàsticos, nobles, plebeyos, militares, comerciantes, gente del campo, blancos, indios, gente de color, todos tomaban el mismo interes, la misma parte en la independendia. Resplandece en ella la unidad moral de todas las Américas, suceso tan nuevo como sorprendente.

Cuando en la primera edad de las naciones se encuentran acaecimientos semejantes, cuando se las ve obrar libremente, simultáneamente y sin combinacion hácia un mismo objeto, podemos decir que hay heroicidad, que pasan por

lo que se llama edad heroica de las naciones. La independencia, movimiento individual y general, es la heroicidad de toda la América española. Nuestra es su gloria, porque es la obra de nuestros abuelos: Iturbide es nuestro abuelo, Morelos es nuestro abuelo, Hidalgo es nuestro abuelo: Iturbide, Morelos é Hidalgo que hicieron la independencia, viven en nosotros, y los rayos de su gloria brillan en nuestras frentes.

La humanidad bendice nuestra obra, porque bajo el aspecto de la civilizacion, que es por el que se deben considerar todos los acontecimientos, la Independencia ha sido uno de los mayores bienes para la humanidad. Ella nos impuso deberes para con nosotros mismos, y deberes para con los otros pueblos del orbe; y nosotros hemos cumplido esos deberes: sí, señores, por mas que se diga, hemos satisfecho al dia siguiente de la Independencia, los principales deberes que ella nos impuso, las mas grandes exigencias de la humanidad.

La Independencia nos impuso el deber de hacer una importante modificacion en la naturaleza del poder. Hasta que ella se consumó, el poder era señor y dueño de la sociedad; su relacion con los individuos, era la del señor para con el esclavo, no habia mas que amo y siervos. Nosotros recordamos que Jesucristo, el autor de la moderna civilizacion, habia dicho á sus Apóstoles estas hermosas palabras: „los que reinan entre las naciones dominan sobre ellas: no será así entre vosotros; pero si alguno quiere ser el mas grande entre vosotros, que sea vuestro ministro.” Nosotros hemos establecido el principio de que los depositarios del poder no sean mas que los ministros de la sociedad, sus servidores, sus delegados, y hemos hecho electoral el poder.

La Independencia nos impuso como un deber la consagracion de la dignidad humana; y recordando nosotros que tambien lo exige así la civilizacion y el cumplimiento de las máximas de Jesucristo, hemos proclamado la abolicion de la esclavitud, hemos abolido la distincion de castas, hemos dado á los indios los mismos derechos que tenemos. Antes habia siervos y señores, ahora no hay mas que hombres libres; todos somos una misma cosa; de aquí ese sentimiento de fraternidad que nos hace reconocer un hermano en todo hombre.

La Independencia nos impuso como un deber la fraternidad para con todos los pueblos, con todas las naciones. Nosotros hemos hecho amistad con todas las mundo. Antes

no habia una sola que tuviera interes por estos paises, nuestra patria era un pária perdido para la humanidad en medio del mundo civilizado. Nosotros abrimos nuestras puertas á la industria de todos los hombres, hemos tendido la mano de amigo á todos los pueblos de la tierra.

La Independencia nos impuso como un deber la emancipacion de la conciencia humana, y nosotros, recordando que Jesucristo al dar á las naciones la verdadera y legítima libertad política y moral, les dijo: „id, hijos míos é hijas mías, estais en la mano de vuestro consejo: id: veremos:” hemos admitido en nuestro suelo á todos los hombres sin preguntarles cual es su religion, y no exigimos á cada cual mas sumision que la sumision voluntaria á la gerarquia espiritual. Antes las ideas que se nos daban en la educacion, nos hacian considerar como un hombre abominable, á todo aquel que no profesaba nuestra Fé, ahora solo exigimos el respeto de todos para ella, así como nosotros respetamos todas las demas creencias.

Con la Independencia han adelantado todas las condiciones que exige la civilizacion. La inteligencia, la moralidad, el bienestar, han adelantado prodigiosamente en el corto tiempo de vida que ha tenido la nacion.

Hemos establecido por todas partes escuelas de primeras letras, casas de educacion y algunos colegios, para difundir los primeros rudimientos de las ciencias, y vamos reformando poco á poco el vicioso sistema de educacion que nos dejó el gobierno colonial: la imprenta libre difundió los conocimientos mas necesarios, discute todos los principios, analiza todos los sistemas, anuncia todos los inventos útiles, y crea la aficion á la lectura: la libre introduccion de libros extrangeros nos da á conocer los diversos arcanos del saber, y todo esto, señores, que no teniamos antes, eleva nuestra inteligencia hasta el conocimiento de las cosas mas importantes, para resolver las cuestiones mas trascendentales en la perfeccion de la vida humana.

La moral, ayudada por la instruccion religiosa, ha tomado mas noble vuelo: de raquítica que era en tiempo de la colonia, se ha vuelto robusta y grandiosa: ya no está reducida en este punto la educacion al conocimiento de las conclusiones teológicas, ó de los santos mandamientos compilados en catecismos áridos ó ininteligibles; sino que se estudia en las obras de Bossuet y Fenelon, como en las de Locke, Pascal y Blair.

El bienestar material del pueblo ha aumentado mucho, no solo por la abolicion de las vinculaciones que tenian estancada la propiedad territorial, sino porque la agricultura, la industria y el comercio, han estendido mucho los límites de la especulacion: multitud de capitales extranjeras han venido á fecundizar nuestro suelo, y á reanimar la explotacion de nuestras minas; y con el transcurso del tiempo recojeremos los frutos de estos esfuerzos.

No hay que dudarlo, señores, mucho hemos hecho, mucho tiene la humanidad que agradecemos; sí, y nos lo agradece, á pesar de lo que dicen esos optimistas que nos piden la perfeccion social á los veinte y nueve años de edad, que declaman contra nosotros porque no hemos podido elevarnos á la altura de la vieja Europa, sin tomarse el cuidado de examinar el estado en que nos hallábamos al nacer para el mundo; sin tomar en cuenta que las mejoras sociales, que la civilizacion, son la obra del tiempo; sin pensar que la Europa necesitó siglos, no mas para hacer lo que nosotros hemos hecho en veinte y nueve años.

La independenciam nos impuso el deber de perseverar en ella y lo hemos cumplido, hemos perseverado: díganlo si no las luchas que hemos tenido que sostener para conservarla, los sacrificios que hemos impendido, los triunfos que de vez en cuando hemos alcanzado. Ahí está Tampico que puede hablar por nosotros. ¡No es allí donde antiguos caudillos de la independenciam, Santa-Anna y Teran, nos condujeron á la victoria, á un espléndido triunfo? ¡No fué allí donde afianzamos nuestra emancipacion? Vosotros sobre todo, hijos de esta ciudad, vosotros teneis derecho á enorgulleceros con el recuerdo de esos hermosos dias, porque á vosotros os perteneció la mejor parte de esa victoria. Corristeis al combate abandonando vuestras familias y hogares, enviasteis á la campaña vuestra brillante juventud, y vuestro valor, guiado por la prudencia y sabiduria de Teran, y por el génio y arrojo de Santa-Anna, dió á la pátria un dia todo de gloria.

Mas adelante, resistimos el ataque del gobierno frances, y digo del gobierno, porque aquella agresion no fué del pueblo, el pueblo frances es demasiado generoso para pelear con nosotros por tan leve motivo; fué obra de la política de un rey á la sazón impopular. No triunfamos, es verdad, pero cumplimos nuestro deber con pelear, sin cuidarnos de la mayor fuerza de nuestro enemigo.

Y en fin, hemos defendido, señores, con vigor y constancia nuestros hogares, en la invasion anglo-americana. Por mas que se nos heche en cara la pérdida de esta campaña, no dejará nunca de conocer la sana razon que hicimos cuanto nos fué posible; que cien combates fueron testigos de nuestra perseverancia, que emprendimos inmensos sacrificios, que no por malogrados dejan de ser estimables. No vencimos, porque esto era imposible. El momento de la guerra no fué oportuno; todas las condiciones de la victoria estaban en contra nuestra y á favor de nuestro enemigo. Eramos débiles, y él poderoso; estábamos desorganizados, y él bien establecido. No teniamos ni dinero ni ejército y él tenia lo uno y lo otro. Hicimos una temeridad; pero esta temeridad honra nuestro valor.

Estas legiones de la guardia que están á mi vista, estos gefes que me escuchan, dieron á sus compatriotas un ejemplo de abnegacion y de valor que los llenará siempre de honor; visteis destruidas por el incendio vuestras propiedades, heridas ó muertas vuestras hijas ó esposas, y de nada os cuidasteis mas que de llenar vuestros deberes en la brecha. Señores, vuestra conducta en aquellos aciagos dias siempre honrará á la pátria, y dará lustre á la ciudad heróica.

Nuestro ejército por do quiera que apareció el enemigo de la nacion, allí le hizo frente: si fué desgraciado, como su caudillo, léjos hoy de su pátria, no fué culpa suya: no le hecheis baldon; no seais injustos: el ejército se encontraba como la nacion, desorganizado, sin unidad, sin cohesion, y sin estas cualidades no es posible vencer. Si hay culpa, es de todos, es de la nacion; los ejércitos se reclutan en el pueblo, son la espresion de la nacion á que pertenecen.

Estoy viendo señores la espresion de vuestros semblantes; me parece que vuestro patriotismo siente, se avergüenza con los recuerdos de esta campaña: conozco y comprendo este noble sentimiento; pero sois injustos; las naciones extrangeras os hacen mas justicia; nunca esperaron que triunfais, porque podian juzgar mas imparcialmente que vosotros de la enorme desproporcion que habia entre la fuerza de ambas naciones contendientes: conocieron que debiais sucumbir en la lucha, y han apreciado vuestros esfuerzos por defender la patria.

Aceptemos esta campaña como un ejemplo, como todas



las naciones cristianas han aceptado sus grandes derrotas, como una leccion para el porvenir; sírvanos esta leccion, que no será perdida, para trabajar por organizarnos, para vigorizar el poder público, á efecto de que tengamos mejor fortuna el dia en que nuestro destino nos obligue de nuevo à defender con las armas la conservacion de nuestra raza. No nos abata el infortunio, porque en el infortunio se regeneran las naciones.

La Independencia nos impuso el deber de organizarnos, de constituirnos; y esto es lo que nos falta que cumplir; aunque lo hemos intentado muchas veces, aun no lo hemos logrado. Esto no es extraño: las naciones del viejo mundo han pasado muchos años, siglos enteros de trastorno para poderse constituir, y aun no se puede decir que lo hayan alcanzado: lo mismo que nosotros, han atravesado períodos de lucha, han sufrido guerras civiles y desastres sin cuento: antes de llegar á un órden estable, sus diversos elementos sociales han estado constantemente en pugna, y si se han combinado algunas veces, no ha sido sino para volver à chocar; nada han hecho estable y duradero. Díganlo si no las terribles revoluciones que las han agitado en los dos años últimos: no parece sino que el elemento popular, poco satisfecho de que se le haya combinado con el aristocrático y con el monárquico, quiere sobreponerse á ambos y predominar esclusivamente en la sociedad; porque evidentemente la democracia se ha apoderado de la inteligencia, de las ideas de los pueblos, y pretende arrollar todos los obstáculos que se le oponen en su marcha: la sociedad europea, el mundo entero camina hácia la democracia. Cual sea el fin, el término de la lucha, no es de este lugar examinar: roguemos à Dios, señores, que las locuras del elemento democrático no lleven á la sociedad á los pies del despotismo; porque si el despotismo llegara á enseñorearse de nuevo de toda la Europa, contando con los caminos de fierro, con el vapor, con el telégrafo magnético, y con los adelantos de la estrategia militar, como medios poderosos de su accion, se prolongaria mas que nunca, y acaso comprimiria, ó haria retroceder la civilizacion. Pero no, esto no sucederá, no es creible que Dios haya permitido el prodigioso desarrollo que ha tenido la inteligencia humana en los últimos tiempos, para venir á sumerjir de nuevo en el oscurantismo al género humano, como en tiempo de la invasion de los bárbaros.

En el mundo nuevo á lo menos, la situacion actual hace concebir esperanzas diferentes, nos hace presentir un porvenir halagüeño; porque si la libertad fuese espulsada de la Europa, aquí le daríamos asilo, y con ella, el continente de Colon se colocaria á la vanguardia de la civilizacion.

Nuestra patria, como todas las naciones hispano-americanas, tiene todavía, es triste decirlo, que atrevesar muchas convulsiones antes de lograr una constitucion estable: esto es una consecuencia de las condiciones bajo las cuales ha nacido, de la atmósfera que la rodeó en su cuna. Si la nacion anglo-americana ha tenido la fortuna de organizarse bien, es porque nació bajo diferentes condiciones, bajo otras influencias: la civilizacion tuvo en la colonia inglesa diversa marcha que en la colonia española. Aquel pais no fué conquistado, fué colonizado; los autores de los primeros establecimientos ingleses, fueron unos filósofos, en los cuales el espíritu de exámen en materias religiosas y civiles, habia egercido su mas grande influencia: desesperados de lograr en Europa la emancipacion del espíritu humano y el establecimiento de la libertad, vinieron á los desiertos del septentrion animados del deseo de organizar una nueva sociedad, conforme á sus doctrinas y sistemas: no encontraron ningun género de oposicion: el principio del absolutismo nunca fué allí un elemento de gobierno: así es que la razon individual fué el único elemento de civilizacion, que se desarrolló lenta, quieta y pacíficamente; ha estado apoderado de la sociedad desde la cuna, desde su nacimiento: la colonia no fué dominada por la Inglaterra, fué mas bien su aliada; respetó de grado y voluntad el poder de la metrópoli; se puso voluntariamente bajo su amparo; la metrópoli no la sometió por la fuerza. Así es que la revolucion de Independencia tuvo allí otras tendencias, fué otro su objeto, y puedo decir, que tuvo un objeto menos noble, menos grandioso que el nuestro; fué un intento para separarse de la metrópoli, por haberle querido imponer ciertos impuestos contra su voluntad. Hecha la Independencia, los Estados no tuvieron que constituirse, lo estaban de antemano: su constitucion fué un pacto de alianza entre los Estados, pero nada cambió, fué la expresion, la fórmula del estado de la sociedad. La paz que han disfrutado los Estados-Unidos del Norte, la deben en mi concepto á que no ha habido en ellos mas

que un solo elemento de civilizaci6n que ha tenido en sus manos el poder absoluto de la sociedad: no hubo trono, ni nobleza, ni clero, ni milicia; solo hubo comunas animadas del espírítu de exámen.

Entre nosotros, todo fué diferente: aquí no se colonizó, se conquistó; los medios de colonizaci6n no fueron la azada y la Biblia, sino la espada y el crucifijo; no habia un solo y mismo pueblo, sino dos, vencedores y vencidos; no habia una sola y misma raza, sino dos, la blanca y la indjéna; no habia igualdad en los hombres ni en las condiciones: si allá habia sobra de espírítu de exámen y falta de absolutismo, aquí habia sobra de despotismo y ausencia de pensamiento libre. Ambas sociedades tienen origen opuesto, opuestos elementos de civilizaci6n. No es extraño que ámbas hayan corrido diversos caminos. Si allá hubo un solo elemento, aquí hubo varios predominando á la vez, y que pretendiendo cada uno la exclusiva en el órden social, trajeron la disputa, el choque que todavía no acaba.

En la combinaci6n de esos diversos elementos de organizaci6n, está cifrado el problema de nuestra constituci6n; y los hombres pensadores y patriotas deben estudiar y buscar el mejor modo de lograrla.

Hasta ahora se han cometido errores; unas veces se han dado como existentes elementos que ya desaparecieron, tal es el monárquico, cuando entre él y nosotros se ha interpuesto como ya he dicho un océano, y es muy difícil que pueda salvar tan vasto valladar: otras veces se ha intentado el predominio absoluto del elemento popular, sin tener en cuenta la existencia de los otros que todavía son bastante poderosos para dejarse eliminar impunemente, y sin considerar que esta eliminaci6n llegará, porque las Américas están destinadas á la democracia, pero que esto será obra del tiempo, del desarrollo lento y pacífico de la inteligencia del pueblo. A mi modo de ver, se equivocan tanto los que pretenden volvernos á constituir del modo que lo estábamos en tiempo de la colonia, como los que pretenden establecer el predominio absoluto de las masas populares. Los primeros no comprenden que el tiempo y las circunstancias han debido crear nuevas exigencias y nuevas condiciones, que el sistema español envejeció ante las novedades del presente siglo: sus partidarios se han quedado atras, viven aun en el siglo XVIII, y ni han en-

trado en la vida del XIX, ni lo han comprendido. Los segundos no han conocido cuan difícil es adelantarse al tiempo, cuan peligroso es caminar de prisa y atropelladamente en las reformas sociales, cuan difícil es olvidar antiguas tradiciones, y destruir intereses cuya edad es de siglos: no tienen la prudencia de transijir con elementos todavía fuertes, y que tienen derecho hasta cierto punto á la gratitud de los pueblos; quieren hacer un crimen de la esperiencia y de la vejez, como si ámbas no fueran la mejor garantía del acierto.

Cuando se atienda á combinar los intereses de la iglesia, del ejército, y de la propiedad que ha reemplazado á la antigua nobleza, con el de las comunas, podremos decir que nos hemos constituido. Cada cual tiene derecho á nuestra consideracion. La iglesia en tiempo de la conquista se interpuso frecuentemente entre el conquistador y el oprimido, entre el dueño y el esclavo, para evitar, ó al menos atemperar la dureza de aquel y el sufrimiento de este: despues de la conquista, propagó por todo el territorio nuestra fé, la doctrina y el culto católico, que fué un poderoso medio de civilizacion: en la lucha de la Independencia dió multitud de soldados á nuestra causa, que fueron los primeros héroes. El ejército consumó en masa el triunfo de la Independencia bajo la direccion de Iturbide, sellando con su sangre la santidad de nuestra causa, en una campaña corta, pero brillante, desde la proclamacion de Iguala hasta la ocupacion de la capital. El pueblo se precipitó en masa desde los primeros dias de la lucha, y tuvo la audacia de externar en público ante el poder las primeras ideas de libertad. La propiedad, como representante de la industria de los poseedores actuales ó de sus antepasados, y como garantía de orden, de estabilidad y conservacion, tiene derecho de ocupar un lugar tan alto como el de los otros elementos sociales. Así todos tienen un lugar indicado, determinado en la nueva sociedad, un derecho á nuestro respeto y consideracion, y á que no se les elimine, si no que se les combine. Y esto sucederá al fin con el tiempo.

Hay otro error que ha tenido funestas consecuencias. Unas veces se ha querido centralizar tanto el poder público, que se le ha hecho cuasi absoluto. Otras se le ha descentralizado tanto, que se le ha hecho impotente. Se han equivocado los partidarios de uno y otro sistema. Los primeros no han pensado en que la centralizacion solo debe

llegar hasta los límites del orden municipal, porque desde el momento que los traspasa, mata el gérmen de la libertad. Los segundos no han conocido que solo un poder fuerte y predominante, puede dar unidad de acción à todos los esfuerzos sociales; que solo con él puede la sociedad hacerse respetar de intentos ilegítimos, propios ó extraños. Los esfuerzos de estos dos partidos han venido à embrollar nuestra cuestión constitucional.

No se conoce aun bastante bien que la descentralización del poder público es entre nosotros un obstáculo para lograr la organización estable de la sociedad; que ni nuestras creencias, ni nuestras costumbres, son adecuadas à semejante sistema de gobierno. Sabéis señores cuanta es la influencia de las ideas religiosas en el carácter del hombre y en sus ideas sociales, cuanto influyen las creencias espirituales en la vida política y social de los pueblos. Todas las opiniones que se refieren à cosas de mas allá de la muerte, à intereses que tienen por objeto la eternidad, penetran profundamente en el corazón del hombre, y ejercen un poder prodigioso sobre sus sentimientos morales y sobre su carácter. El protestantismo està fundado sobre la razón individual y no sobre el principio de autoridad: ha debido predisponer à los pueblos que lo profesan à obrar solo por su convicción propia, à reasumir en sí mismos todas las fuerzas, todas las potencias motrices del desarrollo social, à bastarse por sí solos en todas las cosas de la vida, sin necesidad de apelar al apoyo de la autoridad. Así vemos que en Inglaterra y los Estados-Unidos, el pueblo todo lo emprende por sí solo, proyecta y consuma las empresas mas gigantescas, sin exigir del gobierno una parte activa; el gobierno solo ejerce una acción reguladora sobre la sociedad, y las costumbres son omnipotentes; puede decirse que su organización política està cifrada mas bien en sus costumbres que en sus leyes. En los países católicos todo es diferente: ninguna religion como la católica ha subordinado tan completamente las conciencias à su acción y poder, porque la unidad de su fé solo puede ser el resultado de una entera sujeción à la creencia; y ha ligado estrechamente à todos sus miembros, por este motivo, à recibir los mismos dogmas, à someterse à las mismas decisiones, à formarse sobre un mismo modelo. Reconocido y reverenciado el principio de autoridad, los hombres no se guían por su razón, si-

no en cuanto está de acuerdo con la razón del poder, de la autoridad; desde que falta este acuerdo, la razón individual calla, y la del poder predomina. Este orden espiritual ha debido crear la costumbre de no emprender nada en la vida civil, sin el auxilio, sin la interposición, ó cuando menos sin la aquiescencia de la autoridad civil, y por eso es que en Francia, en España y en México, países católicos, no se proyecte ni se emprenda nada que exija grandes esfuerzos, sin buscar el apoyo y la mano del poder, sin que todo lo esperen de él, sin que instintivamente dejen de buscarlo. He aquí como la centralización está adherida á nuestras ideas y sentimientos de un modo indestructible: he aquí porque si los pueblos protestantes pueden avenirse á un sistema de descentralización, en los católicos paraliza la marcha progresiva de la sociedad, y enerva su fuerza. Pero aun los mismos pueblos protestantes han venido á parar á ella para adquirir fuerza y grandeza. En Inglaterra el parlamento es la misma centralización, porque es omnipotente. En los Estados-Unidos luego que se hizo la independencia, se propendió á la centralización, fué la idea predominante en Washington y en todos los legisladores que formaron la constitución; la constitución es la fórmula de la centralización. Se comprendió que si permanecían separadas las diversas sociedades ó colonias que se habían emancipado de la Inglaterra, nunca tendrían respetabilidad en el exterior, y estarían espuestas á ser el ludibrio de las grandes naciones; que era menester formar un solo poder que reuniera las principales fuerzas de los diversos focos de asociación, para darles unidad de acción; y apelaron á la federación, en busca de la centralización; allí la federación fué un medio de poder, un medio de unión, un modo de centralización: la palabra se definió bien, en su sentido propio y literal. Si se dejaron á las colonias algunos atributos de la soberanía, fué porque la prudencia aconsejó no caminar de prisa, ni herir antiguas tradiciones y costumbres añejas.

Entre nosotros la federación es todavía una cosa vaga, indecisa, casi desconocida á la mayor parte del pueblo, que la ama sin embargo, y no sin razón, porque ha servido de pendón, de enseña, á causas que le han sido queridas; así es que la federación ha venido á confundirse en la imaginación del pueblo con la idea de la libertad; ha ve-

nido á ser su símbolo, el símbolo de la libertad. Este sentimiento es digno de respeto; pero debemos procurar encontrar el mejor medio de vigorizar, de robustecer el poder público, sin chocar con los instintos legítimos y con las propensiones del pueblo. Debemos aclarar, simplificar nuestra cuestion constitucional, porque al presente la veo oscurecida, confusa, y esto me hace temblar; porque como dice un profundo observador, Mr. de Bonald, „cuando la constitucion de un pueblo es un enigma, su porvenir es un problema.” Guardaos, señores, de que el porvenir de nuestra pàtria sea un problema.

Pero no, no lo será: dia vendrá en que produzcan su efecto los trabajos, los estudios de nuestros hombres pensadores: no querramos precipitar los acontecimientos; tengamos paciencia al atravesar nuestro aprendizaje constitucional, con la esperanza de que vendrá un dia en que lleguemos á egercer el profesorado.

Nuestra pàtria pertenece á la gran familia americana. La América tiene un gran destino en la marcha de la humanidad. Aquí no hemos tenido, como la Europa en lo antiguo, mucha diversidad de elementos de civilizacion, de aquí es que vamos en pos de ella, es verdad, pero muy de cerca; y aun podemos decir que bajo cierto aspecto, le hemos tomado la delantera. La Europa se fatiga, se precipita hàcia la democracia, y nosotros tocamos ya á su puerta. Por luengos años encontrará ella en su camino el poder del trono, mientras que nosotros ya lo hemos salvado. Combinaremos los elementos de nuestra civilizacion, y el popular, que lleva en sí mas fuerza que todos, los irá dominando hasta quedar dueño esclusivo del terreno.

Nuestra pàtria està á la vanguardia de las naciones hispano-americanas, para oponer la civilizacion cristiana á la civilizacion protestante. Nos està encomendada en los destinos de la humanidad la guarda y conservacion de toda una raza, de toda una religion, la raza latina y la religion cristiana: lo oís, señores, tenemos que defender á una raza y á una religion en estos paises, amenazadas de la raza anglo-sajona y del protestantismo. El papel que vamos á representar es sublime. ¡Ea! Elevémonos á su altura. Si nos está reservada la muerte, sea, nos resignamos, y podemos decir sin orgullo, lo que el soldado: el soldado que está en la vanguardia puede decir sin orgullo:

Estoy en la vanguardia, sobre todo cuando la vanguardia es el peligro, es la muerte.

Mas no, no será: esperemos: nos restauraremos con el infortunio: tras del infortunio vendrà la restauracion, y entónces, al frente de las naciones hispano-americanas, podremos dar con sinceridad, pero sin humillacion, el abrazo de la amistad à la nacion anglo-americana: se equilibrarán los dos poderes del protestantismo y del catolicismo, y las Américas consumarán los grandes destinos que les reserva el porvenir.

La Providencia Divina que hasta aquí ha conservado nuestra nacionalidad, y que no en vano nos ha regalado el suelo mas rico del mundo, oirá nuestro ruego, y elevará nuestra pàtria al rango de las primeras naciones de la cristiandad.

